



El año viejo

No había más que verle para comprender que el pobre viajero no podía con su alma. Era un viejecito decrepito, achacoso, encorvado, de pálidas mejillas, de pómulos salientes y cara chupada y flácida, en la que se retrataban el cansancio y la fatiga; gastaba el pelo y la barba blancas; poseía en el rostro un gran atractivo, y toda la persona trascendía de sí una simpatía extrema; parecía lo que suele llamarse vulgarmente un buen hombre.

Pero lo que extrañaba desde luego en el cansado viandante eran sus ojos tristes, mas no tristes así como se quiera, con una ligera sombra, como esas nubes estivales que nublan un momento el sol y pasan, sino invadidos por una melancolía profunda que se adivinaba que subía del corazón

à empañar con los vahos nostálgicos los cristales de las pupilas; aquel sujeto debía de haber sufrido en la vida grandes dolores, que le habían dejado en las miradas algo de su cerrazón. El caminante llevaba à la espalda un talego repleto que le obligaba à inclinarse, y que le arrancaba de la frente gruesas gotas de sudor, y eso que la tarde no estaba nada apacible y que de allá, de la sierra, se venía soplando un zarzagán cruel que helaba la atmósfera.

Aquella casa, erguida junto à la carretera, donde el viejecito se acababa de detener, presentaba un simpático aspecto; delante tenía un porche sostenido por vigas, debajo del cual se descubrían dos piedras largas de granito, sirviendo de asientos; por una de las vigas trepaba un rodrigón enorme que se montaba en el tejadillo del porche, é hila que hila la parra formaba un toldo de vid, que concluía por agarrarse à una ventana; aquel dosel, cuando los sarmientos tuvieran pámpanos, ofrecería un semblante henchido de dulzura; desde luego se adivinaba allí el caserío con sus humildes habitantes, sus vacas, su establo, su existencia apacible y sosegada, su felicidad...

Debajo del porche jugaban cuatro ó seis

arrapiezos entre los ocho y diez años, que chillaban con el estrépito de un pelotón de chicharras, y reían llenando la carretera de ecos alegres; todos eran sonrosados, frescos, rollizos, mantecosos, con unos cabellos rubios y unos ojos encantadores, y con ese semblante radioso y sanísimo de los chicos criados al aire libre y en el campo, como los chivos y los chotos. Jugaban á perseguirse, al toro dado, y corrían que se las pelaban, rodando á lo mejor por el suelo, y poniéndose como nuevos de tierra; gracias á que sus ropas remendadas no tenían mucho que perder, y ya podían arrastrarse por el suelo sin temor de que se les chafase ninguna prenda; así loqueaban con entera libertad, y el polvo gozaba de amplio permiso para ensuciarles la ropa.

Uno de ellos vió venir al viejecito, se detuvo, y deteniendo á los demás chicos, les dijo, enseñándosele:

— ¡Mira, mira!

Todos se pararon, tendieron la vista al pasajero y esperaron que llegara sin quitarle ojo. Cuando el viejo se acercó, soltó de golpe el talego, recostándolo en uno de los poyos de piedra y respirando con delicia como el que se quita de encima una pesadumbre enorme, después se limpió el

sudor y se sentó, permaneciendo callado algunos instantes. Al cabo exhaló un suspiro y exclamó con cascada voz:

— Buenos niños. ¿Harían el favor de darme un vaso de vino? Estoy molido, no puedo más...

La casera no estaba en la alquería, pero el chico mayor entró en la cocina y salió con un jarro de peleón, diciendo al anciano á la vez que le entregaba la vasija:

— ¡Beba usted!... ¡Pobre señor!...

El viajero se echó un trago, y limpiándose la boca, devolvió el jarro al chico, replicándole con dulzura:

— Ya tengo bastante.

— Beba usted más — añadió el mocete, sin querer aceptar la vasija; pero el viejo insistió y no hubo otro remedio que volver el jarro á la cocina.

— ¿Cuánto es? — preguntó el viejo alzándose su capotón para buscar dinero.

— Nada — replicó el niño. — ¡Pues si no ha hecho usted más que probarlo!...

El viandante pareció conmovido, pero no pronunció palabra; se levantó de nuevo y agarró el saco; todos los chicos le rodeaban mirándole muertos de curiosidad; al fin, el hijo de la casera, animado por haber

hablado algo con el viejo, le preguntó con cierto miedo:

—¿Pero, tanto pesa ese talego?

El viejo no replicó al pronto, pero al cabo contestó con amargura:

—¡Cómo que va lleno de desengaños!...

Los chicos no entendieron de qué iba lleno, pero no se atrevieron á insistir, y como el caminante se marchaba, le abrieron paso sin pronunciar palabra. Entonces el anciano se ladeó y les dijo con ternura:

—Vaya, adiós, hijos míos: ¡Habéis endulzado mis últimas horas con vuestro generoso corazón! Soy el año viejo, y como he de ver al nuevo para entregarle las llaves del mundo, yo os recomendaré para que os dé, como merecéis, un año feliz... ¡Adiós!...

Y el viejecito se alejó renqueando, mientras los chicos se quedaban confusos por la despedida del extraño personaje, sin acabar de entender lo que les había dicho.



La apuesta

QUE te calles, chico... ¡Pus no dice que Pencazos viene en el barco!

—Te digo, Felipe, que es aquel que está asomao á la borda...

El pillete no replicó; se tiró hacia arriba con un arranque de rabia los destrozados calzones, que dejaban asomar por los desgarros la carne de los muslos, se sonó estrepitosamente las narices con los dedos limpiándolos luego con ira en la sucia chaqueta, y pataleando con sus pies descalzos en el piso de madera del embarcadero se colocó la mano sobre los ojos en funciones de pantalla para ver mejor. El otro granuja, igualmente desarrapado y mal traído, también sin zapatos ni cosa que lo valiera, alargaba su hociquillo de ratón y miraba atentamente al río, con las cejas fruncidas

y como si quisiera horadar el buque, que avanzaba lentamente en derechura al pueblo.

Mientras, el vaporcito destacaba en la lontananza su casco rojo y su chimenea negruzca, que rebasaba el toldo de lona de la cubierta, arrojando una cadena de pellas de humo y silbando con ese pitido ronco de los barcos cuando avisan su llegada. El río formaba allí por donde el buque aparecía un ancho recodo, festoneado de verdura en ambos lados; á todo lo largo de las márgenes, pegadas á las orillas se descubrían las empalizadas de estacas que defienden las riberas del embate continuo de la corriente, y como si estuvieran dibujados en el fondo azul del horizonte se descubrían aquí seis ú ocho árboles en hilera, empinándose para reflejarse en el agua; allí el tejado de alguna casa que debía de alzarse tierra adentro; más allá un golpe de vegetación que indicaba el espeso plantío de una huerta; la tarde se deslizaba apacible, henchida de serenidad, dorada por un sol espléndido que obligaba á guiñar los párpados, cabrilleando en las ondas y charolando el follaje, y el vaporcito, sin cesar en su silbato, avanzaba en diagonal, acertando la distancia y dejando tra-

zada en el río una curva que comenzaba en un burbujón de espuma blanca.

El vapor se acercaba, pitando, despaciosamente, haciendo paf, paf, paf, el abofeteo continuo de las palancas de la hélice en las ondas; á medida que se aproximaba, descubriense sentadas en los bancos de la toldilla diez y seis ó veinte personas; descansando sobre la caja que servía de techo á la camareta un baluarte de talegos henchidos de grano, de cestos repletos de hortalizas ó de sabrosas frutas; pero la distancia era grande aún y no se advertían los detalles de los rostros; en vano los dos granujas se desojaban procurando descubrir al Pencazos en el zagalón que venía recostado en la borda; no se le distinguía bien la cara, hundida en la sombra del toldo de cubierta; por un lado parecía él, su misma estatura, su pavero gris... El muchacho del barco se ladeó, el pillete que porfiaba que era él atisbóle un poco de semblante, y entonces, echando chispas de las pupilas, pegó á su compañero una palmada en un hombro y le gritó:

—¿Te empeñas en que no es el Pencazos?

—¡Digo!... —replicó Felipe con aire de burla.

—¿Pues, te apuestas?...

El granuja se quedó cortado, sin acertar á proseguir. ¡Qué demonios iba á apostar! ¡Como no fueran las uñas de los pies! Por no tener, no tenía ni zapatos. Pero su camarada silbaba con tal aire de chungu que, ciego de cólera, se echó una mirada, y no hallándose nada que valiera dos cuartos, exclamó bufando de encono:

—¿Te apuestas dos bofetadas á que es el Pencazos?

—Apostás, —acabó el otro secamente.

El vapor se aproximaba; las personas, los bultos, el buque mismo, recobraban los contornos fijos que la distancia les disfundaba; el zagalón de la borda se volvió de frente poniéndose á mirar al río... no parecía el Pencazos; Felipe miró con arrogancia á su compinche y se le quedó contemplando, como escogiendo el sitio en que había de descargarle los cachetes... ¡Sin embargo!... Podía hallarse en la camareta, venir á popa... Todavía quedaba el rabo por desollar... Y el vaporcito en tanto se adelantaba dando las buenas tardes á los desocupados, que aguardaban, según costumbre, en el embarcadero de madera, á los viajeros que regresaban por el río de la capital.

Un chico que acompañaba al patrón en

calidad de grumete se asomó á la barandilla de babor armado de larga pértiga, y en cuanto el barco estuvo cerca engancho su garfio á uno de los soportes del embarcadero, acercó la nave con suavidad, y la gente, á cuestras con sus cestos, con sus alforjas, con sus cachivaches, fué bajando á tierra riendo y charlando, chillando las mujeres cada vez que una leve huida separaba algo el vapor amenazando con zambullirlas en el agua, llamándose á gritos los que aguardaban en el tosco muelle á los que aún permanecían á bordo.

Y nada; el Pencazos no saltó; todo el cordón de personas desalojó lentamente el buque sin que apareciera el tal individuo, y entonces Felipe se volvió para encararse con su compañero; pero el muy granuja, que ya había visto su derrota, no aguardó á más, y atropellando á la gente que se alejaba vereda adelante con derecha al pueblo, echó á galope antes de que su camarada le agarrase.

Felipe no intentó perseguirle; le vió largarse y le voceó con desdén supremo:

—¡Anda, que ya me cobraré la apuesta!...



El cocinero enamorado

LA suerte les había destinado á vivir en la misma casa de juguetes, bien que ella ocupase por su alcurnia la mayor parte

del hueco, en tanto que él se contentaba con un rinconcejo y estaba tan á sus anchas. Ella era una diminuta muñeca de *biscuit*, que movía brazos y piernas, abría y cerraba los párpados, tenía unos ojos de cristal que parecían dos motas de cielo, unos labios algo gordos, pero rivales de la granada y una regañina de alborotados cabellos rubios de la más fina estopa; se llamaba Emma, y se la había regalado á Consuelito su papá en un día de su santo. Luego, la niña, que se preciaba de mañosa, habíale arreglado á ratos perdidos un ajuar completo, pues la pobrecita Emma vino de París del almacén en cuerecitos vivos que daba lástima verla. Pero, á medida que la muñeca encontrábase engalanada se le despertaba una vanidad excesiva; asegurábase á sí misma que podía llamarse hermosa; no perdía ocasión de consultar con el espejo, y enteramente sumisa al demonio del lujo, no soñaba con otra cosa sino con que su ama la perjeñase vestidos de raso y terciopelo, conque la sacaran á la calle ataviada de corte y con que la pusieran en la consola de la casa.

El era un muñecote bajito y ancho, de piernecillas gordas, asaz barrigudo y con dos mofletes atroces en la redonda y colo-

rada cara, tan alegre como unas castañuelas; sus ojos pecaban de chicos, pero los tenía muy despiertos y simpáticos; su oficio debía ser el de cocinero, pues gastaba un amplio mandil blanco y un gorro enorme de tres ó cuatro pisos y llevaba siempre un cigarro en la boca, el cual, apretando un fuelle que escondía en el cuerpo el pinche, expelía una nube de humo que cegaba; aquel grosero muñeco de cartón, toscamente hecho, se lo había mercadó á Consuelito su ama de cría la buena Jerónima, advirtiéndola que era paisano suyo y que respondía al nombre de Farruco.

¡Pero lo que asombra, Madre de Dios, es que así vivieran juntos dama tan principal y hombre tan burdo! Vea V.; cosas de la casualidad. Al principio ocupó Emma una caja y allí vivió solita algún tiempo; pero un día se acordó Consuelito de que Farruco se quedaba á dormir á la intemperie, sobre cualquier mesa, y no teniendo á mano nada mejor, guardó á mi buen cocinero en la misma caja que albergaba á la muñeca.

Desde entonces hicieron vida común Emma y Farruco, aunque la primera, á quien no debió caer en gracia el huésped, llenaba casi todo el sitio con sus faralares, obligando al pobre cocinero á dormir medio de

pie y pegado á su rincón para no ajar con el roce los vestidos de la señora. Todas las noches, cuando se acostaban, ella en su esquinazo de la caja, separado por tablas del resto de la vivienda y él en su rinconcejo, murmuraba Farruco con voz bronca: ¡Buenas noches, señorita Emma! y ella apenas se dignaba contestar secamente con su vocécita aguda: ¡Muy buenas!...

Tales muestras de despego no pasaban inadvertidas para el infeliz cocinero, pero callaba y se pasaba las sofoquinas sin pronunciar palabra. Y á todo esto había concluído por enamorarse de su vecina. ¡Era tan hermosa!... ¡Tenía unos cabellos de oro tan magníficos y unos ojos azules tan puros!... Pero ¡quiá! Cualquiera se atrevía con los humos que gastaba á decirle esta boca es mía. ¡En seguida iba á consentir en casarse con un cocinerote, cuando acaso estuviera concertada ya su boda con el muñeco de la chupa y la casaca que se erguía bajo un gran fanal en la rinconera del gabinete! Tal vez fueran visiones de los celos, pero se le antojaba que entre la señorita Emma y el pisaverde de la rinconera, mediaba más que cariñosas amistades. Lo mejor era callar, y guardó silencio devorando sus amarguras.

Pero el silencio llegó á martirizar al pobre pinche con el tormento de una espina clavada que se hinca cada vez más; al fin comprendió que su amor, encerrado en su pecho, le ahogaba. ¡Yo necesito hablarle, decirle que la adoro!—pensó Farruco vencido por su pasión irresistible. Un día estrenó la muñeca un traje rosa que le caía tan bién, le habían puesto una cinta de seda en la cabeza, con tanta gracia entrelazada á sus guedejas rubias, que le formaban un nimbo de oro al rededor del rostro, que el cocinero no pudo más, y después de fumar mucho para cobrar ánimos, se dijo resueltamente: ¡Hoy me declaro! Y abrió la boca.

— Oye, para que no se estropee en la caja el vestido de rosa y lo luzca, ¿no te parece, mamá, que podíamos guardar la muñeca en el fanal del gabinete? — Así habló Consuelito, pareciéndole á Farruco al oírlo que un trueno seco de los que producen el rayo, se le metía en las orejas; sintió una angustia terrible, dejó de fumar y se empinó sobre la tabla de la chimenea en que se encontraba para ver; en su aturdimiento, ni notó que el calor del hogar le desteñía y arrugaba.

La mamá de la niña asintió al proyecto

de su hijita; en ninguna parte estaba mejor Emma que en el fanal de la rinconera. ¡No había remedio! Farruco, rugiendo de ira, con la muerte en el alma, se tiró á un butacón, loco, queriendo en su insensatez impedir la mudanza. ¡Imposible! Consuelito abrió el fanal y dejó la muñeca con el señor de la casaca y la chupa; Farruco entonces se dijo que no le quedaba otro remedio que morir, puesto que el ídolo de su corazón vivía ya con su rival; y echando humo por postrera vez el pobre cocinero, se arrojó de cabeza en las llamas de la chimenea.

Cuando le sacaron estaba hecho un tizo, y había pagado así su locura, que nunca se ha visto que las señoritas se casen con los cocineros. Todos en la casa atribuyeron su muerte á la casualidad; un descuido cualquiera le hizo rodar de la silla y le sepultó en las brasas; no podía sospecharse nadie que el pobre marmitón, tan honrado y tan bueno, hubiera buscado el descanso en el suicidio, convencido de lo imposible de su amor por la señorita de los cabellos de oro.

